



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9580

### PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

### REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 7 DE OCTUBRE DE 1893.

### CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## HERNIAS

### (VULGO QUEBRADURAS)

Curación pronta y radical de las miamas ya sean inguinales, umbilicales ó clurales por crónicas que sean y en todas las edades y sexos con el procedimiento del Dr. Sabdival.

Ningún enfermo sugeto a nuestro tratamiento ha dejado de curarse, necesitando sólo de 3 á 4 meses los niños hasta la edad de 14 años y de poco tiempo más las personas mayores.

El Dr. Sabdival llegará el 25, permaneciendo en esta ciudad hasta el 28, alojándose en el Hotel Francés, donde podrán consultarle de 10 de la mañana á 4 de la tarde.

## LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



## COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLIVERA, n.º 1 (Pasos de Recoletos.)

### GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas	2.000.000
Primas y reservas.....	40.697.980
<b>Total.....</b>	<b>52.697.980</b>

### 20 AÑOS DE EXISTENCIA

#### SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía se asegura contra los riesgos de incendios. El gran desarrollo de sus operaciones corren a la par que las mejoras que se han hecho en el seguro de incendios, desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 48.901.675,53.

#### SEGUROS SOBRE LA VIDA

En esta rama de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotal, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capital de dote, á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Vinda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos, 15.

## Para los agricultores.

Presas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Herrajes de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Insecticidas.—Filtros para vinos y licores.—Apertores para botellas.—Cepillos, cadenas, lespiches, etc. para bocoyes.—Santas de trasiego y otras.—Armas especiales para botellas.—Cestas idem para idem.—Arados de vertedera fija y móvil.—Embudos automáticos.—Móviles para jardines.—Carretillas para sacos.—Espina artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustres etc.—Biscutas sin numeración.—Vía estrecha para transportar frutas.—Wagonetes, plataformas, etc.

De venta en el MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

## LITERATURA EXTRANJERA.

### UN PARRICIDA.

El abogado trató de demostrar que su defendido estaba loco. ¿Cómo explicar de otra manera aquel crimen tan extraño? En los calaberales de la orilla del Sana, cerca de Chabón, fueran encontrados una mañana, los cadáveres de una mujer y un hombre muy conocidos en la alta sociedad. Eran jóvenes, uno bastante rico y se habian casado diez meses an-

tes, á los dos años de quedar ella viuda.

Nadie sabía que tuvieran enemigos y se comprobó que no los habian matado para robarles.

Una misma mano armada de un instrumento punzante les arrebató la vida.

Las activas averiguaciones que el juez practicó, no dieron resultado alguno.

La causa iba á ser archivada cuando un joven carpintero llamado Jorge Luis (á) *El Burgués*, y muy conocido en toda la comarca, se presentó declarándose autor del crimen.

A las preguntas que se le dirigieron contestó invariablemente:

—Eran clientes míos; él desde hace dos años, ella desde hace seis meses.

Los he matado porque debía matarlos.

No consiguieron que diera más explicaciones.

Jorge Luis no tenía familia conocida.

Sabías de él que era hijo natural, criado en el país por una mujer de la clase obrera.

Por su inteligencia, fines modales y gustos delicados de que carecían sus paisanos, conquistó el apodo de *El Burgués* y nadie le llamaba por su nombre.

Pasaba por ser una notabilidad en el oficio de carpintero que habia escogido en la edad de la adolescencia y sabía también algo de obstetricia y escultura.

Gozaba fama de hombre exaltado en sus ideas, que eran las del partido socialista-comunista y sentía grande afición por la lectura de

libros en los que se relatan aventuras maravillosas y dramas sangrientos.

Tomaba parte muy activa en las elecciones y habia adquirido justa reputación de orador elocuente y hábil en las reuniones públicas de la clase trabajadora.

El abogado recurrió á la locura como único medio de salvar á su defendido.

¿Podría explicarse de otro modo que aquel joven obrero de intachable conducta, asesinara á sus clientes más ricos y generosos, que según su propia confesión, le encargaron en dos años trabajo por valor de dos mil y pico de pesetas?

Un extravío de la razón, nacido, sin duda, al calor de ideas disolventes, le habia impulsado á saciar en dos ricos, en dos miembros de la burguesía, su sed de venganza.

El abogado, haciendo una hábil alusión al apodo con que era conocido el reo en toda la comarca, exclamó así:

—Le llaman *El Burgués*... ¡Oh, señores jurados! ¿no es esto una ironía capaz de exaltar á un desgraciado que no tiene padre ni madre?

Tened en cuenta que ese joven está afiliado á un partido, á cuyos hombres fusilaba y expatriaba hace años la República, la misma República que hoy los acoge con los brazos abiertos, á pesar de que siguen proclamando el incendio y el homicidio como medios necesarios para llegar al fin que se proponen. Esas tristes y funestas doctrinas, difundidas hoy con entera libertad, en reuniones y periódicos, trastornaron la razón del infeliz acusado.

El ha oído pedir á gritos la sangre de Gambetta, la sangre de Grevy y ha querido también sangre, sangre de burgueses... No es á él á quien hay que condenar! ¡es á la Comuna!

Oyéronse murmullos de aprobación y comprendióse desde luego que el abogado triunfaba.

El fiscal no quiso ó no pudo rebatir sus argumentos y entonces el presidente hizo la pregunta de costumbre:

—Acusado ¿tiene usted algo que manifestar en su defensa?

El acusado se levantó. Era de baja estatura, cabellos de un color rubio semejante al del lino y ojos grises, fijos y claros. Una voz fuerte, franca y vibrante salió de su garganta, haciendo cambiar á las primeras palabras la opinión que el auditorio habia formado de él.

—Señor presidente—exclamó con tono enérgico—como no quiero ir á un manicomio y creo preferible la guillotina, voy á declarar la verdad. He matado á ese hombre y á esa mujer porque eran mis padres... Ruego á ustedes me escuchen hasta el final de mi declaración.

Una mujer tuvo un hijo ilegítimo que nació... á cualquier parte para que lo criaran. Ella y su cómplice supieron únicamente en donde estaba el pequeño ser inocente y condenado á la eterna vergüenza del anónimo, más aún; á la miseria y á la muerte, puesto que se le abandonó por completo tal vez con el propósito de que la encargada de criarlo, viendo que no le pagaban la suma convenida le dejara perecer.

Pero la mujer que me amamantó fue noble, más mujer y más madre que mi madre.

Me educó y se sacrificó por mí.

Hizo mal. En casos tales es mejor dejar morir extenuados á esos miserables, arrojados de la casa en que vinieron al mundo, como se arroja un objeto inservible.

Yo crecí conservando una vaga impresión de mi desgracia, de mi deshonra.

Recuerdo que unos chicos de mi edad me llamaron cierto día *bastardo*.

No sabía el significado de esta palabra que uno de ellos oyó en casa de sus padres.

Yo me encontraba en el mismo caso; pero puedo asegurar que sentí la ofensa.

Sin que se me califique de inmundo puedo afirmar también que ocupaba en la escuela un lugar distinguido por mi inteligencia y por mi aplicación.

Hubiera yo sido un hombre honrado, tal vez, un hombre superior, si mis padres no hubiesen cometido el crimen del cual fui la víctima. Yo era un ser indefenso y no tuvieron piedad de mí.

Tenían el deber de amarme, de protegerme y me despreciaron.

Les era deudor de la vida. Pero la vida que me dieron ¿era un regalo?

No; una desgracia, una vergüenza, una infamia una monstruosidad.

Un hombre injuriado, pega; un hombre robado recobra por la fuerza, si es preciso, lo que le pertenece; un hombre abofetado, mata; un hombre deshonrado mata también.

Yo he sido más injuriado, robado, abofetado moralmente y deshonrado que todos esos que los tribunales absuelven porque han procedido impulsados por la obcecación y por la fatalidad.

Vais á hablar de parricidio...

Pero ¿eran mis padres aquellos para quienes fui una insupportable carga, una mancha infamante, una calamidad?

Buscaban un placer egoista y tuvieron un hijo imprevisto.

Se deshicieron de él que era lo más cómodo.

Al llegar mi turno, he procedido en la misma forma.

Estamos en paz.

Hace dos años, aquel hombre, mi padre, entró en mi casa por primera vez y me encargó dos muebles. Yo nada sospechaba.

Bastante después supé que habia pedido secretamente informes y antecedentes de mi vida y conducta al cura de la parroquia.

Volvió á verme al poco tiempo y me encargó otro trabajo.

Tuvimos algunos ratos de conversación y yo sentí por él una simpatía grande.

Al cabo de un mes volvieron á visitarme y noté en ella un cambio completo.

Estaba serena y habló mucho conmigo á propósito de los muebles que deseaba y de otras cosas.

Continuaron visitándome con frecuencia sin que yo sospechase nada.

Pero un día comenzamos á hablar de mi vida, del misterio de mi nacimiento, de mi situación en la sociedad y yo le dije:

«Mis padres, señora, fueron unos miserables que me abandonaron.»

Entonces ella llevó la diestra á su corazón y cayó al suelo sin sentido.

Una idea cruzó por mi cerebro. «Esta es mi madre» pensé.

Pero no dije ni una sola palabra, ni hice un solo gesto que pudiera dar á conocer mi sospecha.

Me dediqué á pedir informes.

Supe que él y ella se habian casado dos años después de la muerte del hombre á quien algunos miraban compasivamente por que tenían indicios del anterior amor que los actuales esposos se profesaban.

No habia pruebas de aquella pasión criminal.

¿Las necesitaba yo acaso? La prueba era yo mismo, prueba que ellos quisieron destruir.

Esperé.

Mi madre vino un día acompañada, como de costumbre, por mi padre.

La encontré muy comunicativa y algo emocionada.

Al despedirse me dijo:

«Es usted un hombre honrado y trabajador, me entristece por su suerte y deseo verle casado con la mujer á quien ame verdaderamente. A mí me casaron siendo joven contra mi voluntad, y sé lo que se sufría... Ahora soy rica, libre, sin hijos y quiero ayudarle. ¿No es así? Tome usted este recuerdo mío para los gastos de su boda.»

—Usted es mi madre—exclamé mirándola con extraordinaria firmeza.

Hizo ella un gesto de terror, retrocedió unos pasos y con ambas manos se cubrió el rostro para no verme.

Entonces su marido, mi padre, corrió á sostenerla y me gritó:

—«¡Está V. loco!»

—«No del todo—repuse.—Sé muy bien que son ustedes mis padres. Confieso así y guardaré el secreto. Seguiré siendo como hasta ahora un carpintero humilde y no les incomodaré jamás.»

Retrocedió él hacia la puerta de salida, sosteniendo siempre á su esposa que lloraba. Yo me adelanté, cerré por dentro guardándome la llave y dije:

—«¿A que no se atreve ella á negar que es mi madre?»

Entonces él se quedó muy pálido por la idea de que el escándalo evitado hasta el día pudiera estallar lanzándolos desde el elevadísimo puesto que ocupaban al abismo de la deshonra, y exclamó furioso:

«Es Ud. un canalla que quiere explotarnos, un ingrato que olvida nuestros beneficios. Si no abre usted enseguida la puerta le prometo meterle en la cárcel por haber»